

sos puede haber un método más dulce y otro más rudo.

TEE.—¿Cuáles son estos dos métodos?

EXT.—El uno, antiguo, muy usado por nuestros padres, y del cual se sirven muchas gentes áun hoy para con sus hijos, unas veces riñéndoles con severidad, otras veces reprendiéndoles con dulzura, cuando cometen alguna falta; podría llamarse de un modo genérico y no impropriamente, amonestación.

TEE.—Cierto.

EXT.—En cuanto al otro método, algunos, tras madura reflexión, han llegado á pensar que la ignorancia es siempre involuntaria, que no puede estar dispuesto á aprender quien todo quiere saber y quien no duda de su mérito, y que así la amonestación no produce al educar sino muy medianos resultados.

TEE.—No se engañan.

EXT.—Es, pues, por otro camino, como llegan á destruir esta loca confianza.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Interrogan al ignorante acerca de las cosas que cree conocer y que desconoce; mientras que él habla, fácil es conocer sus opiniones, refiriendo unas á otras en sus discursos; las comparan entre sí, y por medio de esta

comparación le hacen ver que se contradice sobre los mismos objetos, considerados en los mismos respectos y bajo los mismos puntos de vista. Esto viendo el ignorante, se hace severo para consigo mismo, indulgente para con los demás; por este procedimiento se libra de la alta y magnífica opinión que tenía concebida de sí mismo, y esta libertad es de todas la más agradable y la más segura para aquel que la consigue. Y es, hijo mio, que los que purifican las almas, piensan como los médicos del cuerpo. Estos son de opinión que el cuerpo no podría aprovechar los alimentos que se le entregan si no comenzase por expulsar todo lo que le estorba; aquellos juzgan que el alma no podría utilizar conocimiento alguno de los que se la presentan, si no se refutase ante todo y combatiere el mal, si al combatirle no se la hiciese avergonzar de sí misma, si no se arrojase todas las opiniones que son un obstáculo á los verdaderos conocimientos, si no se la purificase, si no se la enseñase á reconocer que solo sabe lo que sabe y nada más.

TEE.—Esta es, ciertamente, de todas las disposiciones interiores, la más hermosa y la más sábia.

EXT.—De todo esto, querido Teetes, debe concluirse que el método de

refutación es la más grande y la más poderosa de las purificaciones, y que aquel que jamás ha sido refutado, sea quien quiera, como es impuro en la mejor parte de sí mismo, debe considerarse como mal educado y disforme; precisamente en lo que respecta á las cosas en que el hombre que quiere ser verdaderamente dichoso debería mostrarse más puro y más bello.

TEE.—No se puede hablar mejor.

EXT.—Pero á los que practican este arte, ¿cómo les llamaremos? porque no me atrevo á llamarles sofistas.

TEE.—¿Por qué?

EXT.—Por temor de hacer á estos mucho favor.

TEE.—Sin embargo, el retrato que acabamos de hacerles, es parecido.

EXT.—Como el lobo al perro, y como se parece lo más indómito á lo más doméstico. Aquel que no quiere ser inducido al error, debe tener mucho cuidado con las cosas que se parecen, porque este es un terreno muy resbaladizo. Pero admitamos que sean en efecto los sofistas. ¿Para qué disputar sobre pequeñas diferencias, cuando, por otra parte, se está sobre aviso?

TEE.—Está bien.

EXT.—Distinguimos, pues, en el arte de clasificar, el de purificar, en el arte de purificar, la parte que se refiere

al alma; en ésta, la enseñanza; en la enseñanza, la educación, y en la educación, este arte de refutar las vanas opiniones y la falsa sabiduría; declaremos que no es ménos que la sofística de noble alcurnia.

TEE.—Sea. Pero héme aquí en una confusión, porque en medio de estas formas diversas, no sé decir en confianza lo que es verdaderamente el sofista.

EXT.—Comprendo esa dificultad. Pero el sofista mismo, créelo, no halla medio de escapar á nuestra argumentación. Ahora, pues, continuemos.

TEE.—Bien dicho.

EXT.—Pero ante todo detengámonos para tomar aliento, y en calma razonemos. Veamos, ¿bajo cuántas formas el sofista se nos ha aparecido? si no me engaño, hemos encontrado ante todo en él un cazador interesado de jóvenes ricos.

TEE.—Sí.

EXT.—Luego un mercader de conocimientos propios del alma.

TEE.—Es cierto.

EXT.—En tercer lugar, ¿no se nos ha aparecido como un mercader al por menor de estos mismos objetos?

TEE.—Sí; y en cuarto lugar era un fabricante de las ciencias que vendía.

EXT.—Tu memoria es fiel. Voy á evocar á mi vez, el recuerdo de la quin-

ta forma del sofista. Era un atleta en combate de palabras, hábil en el arte de la discusion.

TEE.—En efecto.

EXT.—En cuanto á la sexta forma, hemos vacilado. Sin embargo, le hemos definido, experimentando en ello alguna complacencia, como un purificador de las opiniones que son un obstáculo á la ciencia en el alma.

TEE.—Claramente.

EXT.—¿No piensas como yo, que cuando un hombre parece poseer muchas ciencias, y sin embargo es designado con el nombre de un solo arte, procede esto de que se tiene de él una falsa opinion? ¿No es evidente que se juzga de esta manera porque no se sabe distinguir á qué arte se refieren estos diferentes conocimientos, y que precisamente por esta razon se dá al que los posee muchos nombres en vez de uno solo?

TEE.—Esto es lo que tiene visos de apariencia.

EXT.—Tengamos, pues, cuidado en la indagacion que nos ocupa, de que nuestra negligencia no nos haga caer en la misma falta. Volvamos primeramente sobre uno de los caractéres que hemos atribuido al sofista. Uno, entre todos, nos le ha mostrado tal como es.

TEE.—¿Qué carácter?

EXT.—Hemos dicho que es un polemista.

TEE.—Sí.

EXT.—Y ¿no enseña tambien á los demás á serlo?

TEE.—En efecto.

EXT.—Examinemos entonces sobre qué pretenden los sofistas hacer á los demás hábiles en discutir. Comencemos nuestra indagacion de este modo: Dime, ¿es sobre las cosas divinas que permanecen ocultas para la muchedumbre, sobre lo que pretenden enseñar á razonar?

TEE.—Sí, sobre estas cosas; por lo ménos así se asegura.

EXT.—Y ¿es tambien sobre lo que hay visible sobre la tierra, en el cielo y en todas las cosas que en él están contenidas?

TEE.—Tambien.

EXT.—Pero en las conversaciones particulares, cuando se trata de la generacion y de la esencia de las cosas, sabemos que procuran, no sólo contradecirse á sí mismo, sino enseñar á los demás el mismo arte.

TEE.—Seguramente.

EXT.—Pero sobre las leyes y sobre todo lo que concierne á la política, ¿no se tienen por maestros en el arte de la controversia?

TEE.—Nadie, puedo asegurarlo, les

escucharia, si no se hiciesen pasar por tales.

EXT.—Por otra parte, sobre todas las artes y sobre cada arte en particular, todas las razones que pueden oponerse á los que en ellas profesan, han sido consignadas por ellos por escrito, circulan públicamente y están á disposición de todo el que quiere conocerlas.

TEE.—Me parece que aludes á las obras de Protágoras, sobre la palestra y las demás artes.

EXT.—Y á muchas otras, querido amigo. Pero en fin, el arte de la disputa, para decirlo de un modo genérico, ¿no se propone darnos el poder de razonar y de discutir sobre todas las cosas?

TEE.—Es cosa pasada en cuenta.

EXT.—Pero hijo mio, por los dioses, ¿crees que esto es posible? ¿acaso los jóvenes teneis la vista más perspicaz en esto, y nosotros la hemos perdido?

TEE.—¿En qué? ¿qué quieres decir? no comprendo tu pregunta.

EXT.—Mi pregunta es esta: ¿Es posible que un hombre lo sepa todo?

TEE.—Nuestra especie, ¡oh, extranjero, seria demasiado dichosa!

EXT.—¿Cómo, pues, aquel que no sabe, puede decir algo racional, contradiciendo lo que sabe?

TEE.—De ningún modo.

EXT.—¿En qué, pues, consiste este poder de la sofística que se admira tanto?

TEE.—¿Qué quieres decir?

EXT.—¿Cómo los sofistas se toman el cuidado de persuadir á los jóvenes de que son más sábios en todas las cosas, que todos los demás? Evidentemente, si no discutiesen bien y no tuviesen este aspecto, ó si teniéndolo no pareciese que debian su superioridad á el arte de la controversia, nadie, como antes decias, querria darles dinero por ser su discípulo.

TEE.—Nadie.

EXT.—Y hoy no faltan gentes que se lo dan.

TEE.—No faltan.

EXT.—Y es porque parecen, segun creo, muy instruidos en las cosas sobre que discuten.

TEE.—En efecto.

EXT.—Ahora bien; discuten sobre todas las cosas, ¿no es cierto?

TEE.—Sí.

EXT.—¿Parecen, pues, instruidos en todas las ciencias?

TEE.—Sin duda.

EXT.—Pero no lo son, porque esto nos ha parecido imposible.

TEE.—Imposible, seguramente.

EXT.—El sofista, pues, se nos mues-

tra como teniendo sobre todas las cosas una apariencia de ciencia y no una ciencia verdadera.

TEE.—Parece, en verdad, justo esto que pensamos del sofista.

EXT.—Pongamos un ejemplo más claro.

TEE.—¿Cuál?

EXT.—Si un hombre pretendiese saber, no decir y contradecir, sino hacer y ejecutar, por medio de un solo y mismo arte todas las cosas...

TEE.—¿Cómo todas las cosas?

EXT.—Desde la primera palabra no me has comprendido, porque pareces no entender esto que quiero decir con *todas las cosas*.

TEE.—No, ciertamente.

EXT.—Por todas las cosas quiero decir tú y yo, y además todos los animales y todas las plantas.

TEE.—¿Y entonces...?

EXT.—Si alguien pretendiese hacer á tí y á mí y á todos los demás seres vivos...

TEE.—¿Qué entiendes por hacer? No es de un obrero de quien se trata, porque hablas de un hombre que hiciera también animales.

EXT.—Sin duda, y también el mar y la tierra, y el cielo, y los dioses, y todo lo demás; y supongo que despues de haber creado todas estas cosas en un

instante, las vendiera á bajo precio.

TEE.—Cuanto dices es mera broma.

EXT.—¿Y qué? Pretender saber todas las cosas y poder enseñarlas á un extraño á precio vil y en poco tiempo, ¿no es una broma y un juego también?

TEE.—Incontestablemente.

EXT.—¿Conoces alguna especie de juego más artístico y agradable que la imitación?

TEE.—No, porque es reunir todas las cosas en un género muy vasto, y por decirlo así, el más diverso.

EXT.—¿No comprendemos que el hombre que se vanagloria de ser capaz de hacer todas las cosas mediante un solo arte, es el mismo que ejecuta por medio de la pintura imitaciones de los seres, las dá nombres de seres, y enseñando esta imágen desde léjos á los niños que carecen de uso de razon, les ilusiona acerca de su poder y les persuade de que es capaz de fabricar con sus manos cuanto place á su capricho?

TEE.—Sin duda.

EXT.—Pero ¿no afirmamos que existe en los discursos un arte semejante? ¿No es posible alucinar á los jóvenes, aún distantes de conocer la verdad en las cosas, insinuando vanos discursos en sus oídos, haciéndoles creer que los simulacros de las cosas son las cosas mis-

mas, y que aquel que se los presenta es entre todos el más sábio?

TEE.—No hay obstáculo para que tal arte exista.

EXT.—Para la mayor parte de los que escuchan estos discursos, querido Teetetes, cuando por el progreso del tiempo llegan á la edad madura, ¿no es una necesidad que, encontrándose con las cosas mismas y forzados por las impresiones que de ellas reciben, modifiquen sus primeras opiniones, juzguen pequeño lo que les habia parecido grande, y difícil lo que habian visto fácil, y que, en fin, vean todas las fantasmas de los discursos mentirosos desvanecerse por doquiera al contacto de la realidad?

TEE.—Eso pienso, cuanto á mi edad pensar puedo, porque pertenezco aún al número de los que, no ven aún las cosas sino de léjos.

EXT.—Hé aquí por qué todos los aquí presentes nos esforzamos en hacerte oír los consejos de la experiencia. Pero volvamos al sofista y dime: ¿No ha resultado claro para nosotros que es un charlatan que se dedica á imitar la realidad, ó bien vacilamos aún en saber si, capaz de discutir sobre todas las cosas, posee verdaderamente la ciencia universal?

TEE.—No, extranjero, esto es impo-

sible. Despues de lo que acabamos de decir, debe ser colocado entre los que hacen de su oficio una especie de juego.

EXT.—Preciso es, pues, definir el sofista como un charlatan y un imitador.

TEE.—¿Cómo no definirle así?

EXT.—¡Valor, pues! No debemos dejar escapar la presa, ya que la hemos envuelto en la red de nuestros razonamientos. No puede evitar el ser considerado como miembro de la familia de fabricantes de ilusiones.

TEE.—A mi vez tengo tambien esa idea del sofista.

EXT.—En consecuencia, nos precisa dividir, lo más pronto posible, el arte de hacer simulacros; cuando hayamos llegado á examinar sus partes, si el sofista nos espera á pié firme, le aprisionaremos; si huye, si se oculta en alguna de las divisiones del arte de imitar, le perseguiremos, dividiendo siempre la especie tras de que se oculte hasta hacer presa en él. De fijo, ni él ni nadie se vanagloriará de haber escapado al método de gentes que saben contemplar las cosas en conjunto y en detalle.

TEE.—Perfectamente. Esto es lo que debemos hacer.

EXT.—Siguiendo nuestro precedente método de division, imagino apercibir dos especies en el arte de imitar. Pero,

¿a cuál pertenece la forma que buscamos? No me siento capaz de desvanecer esta duda.

TEE.—Comienza por decir y explicar cuáles son esas dos especies.

EXT.—Distingo desde luego en el arte de imitar, el de copiar. Ahora bien; copiar es reproducir las proporciones del modelo en longitud, latitud y profundidad; es, además, agregar á cada trazo del dibujo los colores convenientes, de tal suerte que la imitacion sea perfecta.

TEE.—¿Acaso todos los que imitan no procuran hacer lo mismo?

EXT.—No; al ménos los que pintan y esculpen en grande. Bien sabes que si diesen sus verdaderas proporciones á las hermosas figuras que representan, las partes superiores nos parecerían muy pequeñas; las inferiores muy grandes, porque vemos unas de léjos y otras de cerca. Así, hoy, nuestros artistas, sin inquietarse por la verdad, miden las proporciones de sus figuras, no sobre la realidad, sino sobre la apariencia.

TEE.—Esto, en efecto, es lo que hacen.

EXT.—Ahora bien; esta primera especie de imitacion, ¿no debe, puesto que tan temejante es al objeto, ser llamada copia?

TEE.—Sí.

EXT.—Y esta parte del arte de imitar, ¿no debe ser llamada, como antes hemos dicho, arte de copiar?

TEE.—Así debe llamarse.

EXT.—Pero lo que se parece á lo bello, porque la perspectiva ha sido tomada en vista de lo bello, pero una vez examinado despacio y de cerca, no se parece al objeto de que es imágen ¿cómo lo llamaremos? Puesto que aparenta asemejarse sin asemejarse realmente, ¿no será un fantasma?

TEE.—Indudablemente.

EXT.—Y el arte que produce, en vez de una copia fiel un fantasma, ¿no será propiamente llamado fantasmagoría?

TEE.—Sin duda.

EXT.—Hé aquí las dos especies del arte de hacer simulacros de que yo hablabá: el arte de copiar, y la fantasmagoría.

TEE.—Muy bien.

EXT.—En cuanto á la cuestion que me embarazaba, la de saber en cuál de estas especies debe colocarse el sofista, no la veo aún bastante claramente. Es ciertamente un extraño personaje y bien difícil de conocer. Aquí le tenemos oculto en no sé qué especie, en el fondo de la cual no es fácil descubrirle.

TEE.—Me parece lo mismo.

EXT.—¿Me concedes esto con conocimiento de causa, ó bien lo haces si-

guiendo la costumbre de asentir á mis afirmaciones?

TEE.—¿Qué quieres decir? ¿qué significa esta pregunta?

EXT.—Verdaderamente, mi excelente amigo, hemos llegado á una indagación que no puede ser más difícil. Parecer y semejar, sin ser; hablar, sin decir nada cierto; estas cosas han sido siempre llenas de contradicciones, tanto al presente como en la antigüedad. Poder afirmar que existen realmente palabras falsas y falsos juicios, y al afirmarlo no combatirse á sí mismo, esto es, Teetetes, lo más difícil de concebir.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Expresarse así conduce á suponer nada ménos que el no ser es. Ahora bien; el gran Parménides, cuando empezaba á hablar y cuando terminaba, no dejaba de repetirnos en prosa ó en verso á nosotros, que en aquella época éramos aún unos niños:

Jamás comprenderás que el no-sér sea;  
Aparta tu razon de tal camino.

Tal es el testimonio de Parménides. Pero esto se prueba siempre por el raciocinio sin que sea preciso insistir mucho. Examinemos, pues, ante todo, esta dificultad, si te parece.

TEE.—Por lo que á mí respecta, pue-

des proceder como te plazca. Escoge el método que mejor te parezca; guía, y te seguiré paso á paso.

EXT.—Esto es lo que debe hacerse. Díme, ¿podremos expresar de alguna manera lo que no es?

TEE.—¿Por qué no?

EXT.—No se trata de usar de juegos ni sutilezas. Si alguno de los que nos escuchan estuviese en estado de responder á esto: ¿á qué debe darse la denominación de no-sér? ¿crees que sabría á qué y cómo aplicarle? ¿crees que podría dar la explicación que se le exigía?

TEE.—Me haces una pregunta difícil; por mi parte no sé contestar á ella.

EXT.—Por lo ménos una cosa es clara, y es que el no-ser no puede ser atribuido á sér alguno.

TEE.—¿Cómo podría serlo?

EXT.—Por consiguiente, si no puede ser atribuido á sér alguno, aquel que le refiriese á cosa alguna, lo haría equivocadamente.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Es evidente que cuando decimos *alguna cosa*, queremos hablar de un sér, porque emplear esta frase sola, por decirlo así, desnuda y separada de todos los séres es imposible. ¿No es verdad?

TEE.—Imposible.

EXT.—Esto, bien entendido, recono-



ce, pues, que quien dice alguna cosa, dice una cosa cierta y determinada.

TEE.—De acuerdo.

EXT.—Porque confesarás que alguna cosa significa una cosa, y varias cosas dos ó más.

TEE.—Sin duda.

EXT.—Y el que no dice alguna cosa, es necesario que no diga absolutamente nada.

TEE.—De toda necesidad.

EXT.—Por consiguiente, no debe concederse que habla sin decir nada; es preciso afirmar que no habla de todo aquel que pretende anunciar el no-sér.

TEE.—Acabaremos así con las dificultades de esta discusion.

EXT.—No cantemos victoria. Porque, mi excelente amigo, hé aquí aún una nueva dificultad, que acaso es entre todas la mayor y la primera; toca al fondo mismo de la cuestion que nos ocupa.

TEE.—¿Qué quieres decir? Habla.

EXT.—¿A un sér puede agregarse otro sér?

TEE.—Sin duda.

EXT.—Pero ¿al no-sér puede agregarse algun sér?

TEE.—No, ciertamente.

EXT.—Luego colocaremos entre los séres el número en general.

TEE.—Sí, si colocamos este sea cual sea en el mundo.

EXT.—¿No nos será, pues, lícito, referir al no-sér número alguno, ni pluralidad, ni unidad?

TEE.—Haríamos mal en suponerlo despues de nuestro razonamiento.

EXT.—¿Pero, cómo, pues, podrán expresar los lábios ó concebir el pensamiento los no-séres ó el no-sér, sin hacer uso de la idea de número?

TEE.—Habla, veamos.

EXT.—Cuando decimos los no-séres ¿no les referimos la pluralidad en el número?

TEE.—Es verdad.

EXT.—Y cuando decimos el no-sér, ¿no le atribuimos la unidad?

TEE.—Evidentemente.

EXT.—Sin embargo, hemos dicho que no es justo ni racional unir el sér al no sér.

TEE.—Es cierto.

EXT.—Comprendes, pues, que es materialmente imposible enunciar el no-sér en sí mismo, decir nada de él y ni aún concebirle; pensamiento y lenguaje, palabras y razonamientos, son contra él ineficaces.

TEE.—Desde luego.

EXT.—¿Me engañaré al decir que estoy tocando el punto más embarazoso de este asunto?

TEE.—¿Habremos acaso de abordar otro punto más difícil?

EXT.—Querido amigo, ¿no concibes, por todo lo que precede, que aquel que intenta refutar el no-sér se halla en grave apuro? Apenas le intenta refutar, cuando él mismo se contradice.

TEE.—Explicáte aún más claramente.

EXT.—No se puede pedir mayor claridad. Ante todo he manifestado que el no-sér no admite unidad ni pluralidad; y despues se las atribuyo, puesto que digo *el no-sér*. ¿Comprendes?

TEE.—Sí.

EXT.—Al momento digo que escapa al lenguaje, á la palabra, al racionio. ¿Me sigues?

TEE.—De cerca.

EXT.—Esforzándome en asociar el sér al no-sér, yo mismo me contradigo.

TEE.—Tal me parece.

EXT.—Pero al atribuirle el sér, ¿no hablo como de una cosa?

TEE.—Sí.

EXT.—Y por consiguiente, al decir que escapa al racionio, al lenguaje y á la palabra, razono como si lo hiciera de una cosa.

TEE.—Sin duda.

EXT.—Pero hemos dicho que para hablar con propiedad, no se le debe determinar ni por la unidad ni por la pluralidad, no se le debe ni áun nombrar, porque solo el hecho de nombrarle le coloca en la categoría de unidad.

TEE.—Incontestablemente.

EXT.—¿Qué se vá á pensar, pues, de mí? Héme tras tanto discutir derrotado en una refutacion del no-sér. Por esto, como antes he dicho, no es á mí á quien es preciso dirigirse para saber cómo se puede hablar con propiedad del no-sér; eres ahora tú quien debe guiarnos.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Vamos, haz un generoso esfuerzo y emplea todos tus recursos para hallar medio de expresarte con justicia acerca del no-sér, sin mezclar á su idea la del sér ni la de unidad, ni la de pluralidad.

TEE.—Tendria en mi grande y loca confianza si viéndote cejar en esta empresa la intentase.

EXT.—Y bien, si te parece, dejemos esto tú y yo, y en tanto que encontramos á alguno capaz de vencer esta dificultad, confesemos que el sofista, con una habilidad sin par, se ha refugiado en un fuerte inaccesible.

TEE.—En hora buena.

EXT.—Sea lo que quiera, si nos ocurre decir que el sofista ejerce una especie de arte fantasmagórica, podrá fácilmente sacar partido de nuestras palabras y volverlas contra nosotros; y cuando le llamemos fabricante de simulacros, nos dirá: ¿Qué entiendes por un simulacro? Estemos prevenidos, que-

rido Teetetes, para contestar á un tan vigoroso adversario.

TEE.—Evidentemente, le citaremos las imágenes reflejadas en el agua y en los espejos, las pinturas, los bajos relieves y todas las demás cosas semejantes.

EXT.—Claramente se comprende, querido Teetetes, que jamás has visto un sofista.

TEE.—¿Por qué?

EXT.—Crees que cierra fácilmente los ojos, y áun que es totalmente ciego.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Cuando le des esta respuesta, hablándole de espejos y de figuras, reirá al escucharte como un hombre que ve la cuestión clara, dirá que no conoce los espejos, ni el agua, ni áun la vista, y todos tus discursos los referirá á esta única pregunta.

TEE.—¿Cuál?

EXT.—¿Qué hay de comun en todas las cosas, que á pesar de su multitud has designado con un solo nombre, el de simulacro, como si formasen una unidad? Habla, defiéndete y cuida de no abandonar un solo palmo de terreno á tu enemigo.

TEE.—¿A qué llamaremos simulacro, extranjero, sino, dado un objeto verdadero, á otro objeto que se le parezca?

EXT.—Y este otro objeto, ¿es verdadero?

TEE.—De ningún modo, pero parece serlo.

EXT.—¿No entiendes por verdadero lo que es realmente?

TEE.—Sin duda.

EXT.—¿Pero lo que no es verdadero es opuesto á lo que es?

TEE.—Ciertamente.

EXT.—En tu opinion, pues, lo que parece ser no es realmente, puesto que dices que no es verdadero. Y sin embargo, existe.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Aseguras que verdaderamente no es.

TEE.—No, sin duda; pero es realmente una imagen.

EXT.—Lo que llamamos una imagen ¿no es realmente un no-sér?

TEE.—Me parece ver ya aquí al sér y al no-sér embrollados y confundidos de un modo bien extraño y áun absurdo.

EXT.—Absurdo en efecto. Ves, pues, como de cuestión en cuestión el sofista nos ha obligado á reconocer á nuestro pesar que el no-sér es en alguna manera.

TEE.—Bien lo veo.

EXT.—Y bien, ¿cómo definiremos el arte del sofista para ponernos de acuerdo con nosotros mismos?

TEE.—¿Qué quieres decir?

EXT.—Cuando decimos que el sofista nos engaña con fantasmas y que su arte no es sino un arte de engañar, ¿queremos decir que induce nuestro espíritu al error, por medio de su arte ó bien pensamos otra cosa?

TEE.—No, sino en esto mismo. Y ¿cómo podríamos pensar de otro modo?

EXT.—Pero la opinion falsa es la que nos representa lo contrario de lo que es ¿no es esto?

TEE.—Necesariamente.

EXT.—¿Nos representa lo que no es como no siendo, ó nos representa lo que no es como siendo en algun modo?

TEE.—Debe representarnos lo que no es como siendo en algun modo.

EXT.—Pero ¿no nos representa tambien lo que es como no siendo en cierta manera?

TEE.—Sí.

EXT.—Y ¿no es esta una manera de engañarnos?

TEE.—Tambien.

EXT.—Creo que será de opinion de que el error es igual, dígame que, el sér no es ó que el no-sér es.

TEE.—Forzosamente.

EXT.—Pero el sofista no estará contigo de acuerdo. ¿Y cómo se consigue que lo esté un hombre de buen sentido, habiendo dicho que el no-sér, objeto de

esta discusion escapa á la palabra, al lenguaje y al pensamiento? ¿No adivinamos ya lo que nos vá á decir el sofista?

TEE.—¿Cómo no adivinar que dirá que estamos en contradiccion con nosotros mismos osando afirmar que hay error en las opiniones y en los discursos? Nos veríamos, en efecto, á cada paso en la necesidad de unir el sér al no-sér despues de haber reconocido que esto es absolutamente imposible.

EXT.—No se podria recordarlo mejor. Pero hé aquí el momento de decidir de qué manera nos hemos de conducir con el sofista. No es posible, en efecto, colocarle entre los fabricantes de mentiras y los charlatanes.

TEE.—Es cierto.

EXT.—Aún no hemos encontrado más que unas cuantas dificultades de las infinitas que presentarse pueden.

TEE.—Lo cual equivale á decir que es imposible sujetar al sofista.

EXT.—¿Hemos de dejarle escapar? ¿Perderemos nuestro antiguo valor?

TEE.—No, en tanto que fuerza nos quede para proseguir.

EXT.—Serás, pues, indulgente y si consigo hacer alguna luz en esta cuestion te dirigiré una súplica.

TEE.—¿Cuál?

EXT.—La de que no me consideres como parricida.

TEE.—¿Qué quieres decir?

EXT.—Nos encontramos en la necesidad, para defendernos, de someter á un exámen severo el sistema de nuestro padre Parménides, y de probar, violentándole que el no-sér es bajo cierto aspecto y que el sér no es en cierto modo.

TEE.—Creo que, en efecto, este es el punto que debemos debatir, de continuar esta discusion.

EXT.—Un ciego lo veria, como vulgarmente se dice. En efecto; si no se comienza por refutar ó confirmar el sistema de Parménides, no se puede hablar de los falsos discursos, de la opinion y de los simulacros y de las imágenes y de las imitaciones, como tampoco de las artes que con ellas se relacionan, sin que provoquen á risa las contradicciones en que habrá que caer forzosamente.

TEE.—Es verdad.

EXT.—Nos es preciso, por tanto, combatir la máxima de nuestro padre; ó bien dejémoslo, si algun sentimiento nos lo impide.

TEE.—No, no; nada nos debe detener.

EXT.—Te haré, pues, aún una nueva súplica, la tercera.

TEE.—Veamos.

EXT.—Dije antes que para tal refutacion encontraba mis fuerzas escasas y ahora lo repito con mayor motivo. Temo

que despues de estas palabras me tomes por un insensato, viéndome pasar de un extremo á otro, porque sólo por complacerte emprendemos esta refutacion, si es que refutacion hay.

TEE.—Permanece tranquilo, no encontraré mal en modo alguno que ataques ó refutes á Parménides; así, valor y á la obra.

EXT.—Pero ¿por dónde comenzar? ¿Por dónde abordar este asunto lleno de peligro? Si no me engaño, hijo mio, hé aquí el camino que debemos necesariamente seguir.

TEE.—¿Cuál?

EXT.—Apliquemos, ante todo, nuestra atencion á las cosas que nos parecen evidentes por temor de que turben nuestro entendimiento y no nos las concedamos recíprocamente con demasiada facilidad, como si no tuviésemos ideas bien claras.

TEE.—Díme más claramente lo que quieres decir.

EXT.—No hallo bastante profundidad en Parménides ni en otro alguno de los que han tomado á su cargo la empresa de definir los séres, de contar y de caracterizar las especies.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Todos parecen recitarnos una fábula como si fuéramos niños. Uno asegura que los séres son en número de

tres; ora se hacen la guerra, ora son amigos, se asocian y unen, engendran y alimentan á su prole. Otro sostiene que sólo hay dos, el seco y el húmedo, ó el cálido y el frío. Nuestra escuela de Elea, á partir de Tenófanés y aún de más lejos, nos cuenta otras fábulas y nos presenta lo que llamamos universo como un sólo sér. Las musas de Sicilia, un poco más tarde, han creído seguro combinar las dos opiniones y decir que el sér es á la vez uno y múltiple y que se mantiene con el ódio y la amistad. Las más altivas de estas musas pretenden que todo se une y se desune sin cesar; segun las más humildes, no sucede así: pero tan pronto el universo es uno y está en armonía por el poder de Vénus, tan pronto es múltiple y está en guerra consigo mismo bajo el imperio de no sé qué discordia. Si todo esto es verdadero ó no lo es, difícil será decirlo y aún no es conveniente tratándose de tan antiguos é ilustres personajes. Hé aquí solamente lo que sin osadía se puede afirmar.

TEE.—¿Qué?

EXT.—Que en su orgullo, han hecho poco caso de nosotros, que constituíamos la multitud. Porque sin cuidarse de si seguimos ó no sus discursos, continúan sin detenerse el camino emprendido.

TEE.—¿Qué quieres decir?

EXT.—Cuando alguno de estos filósofos declara que existe, ó que ha nacido un sér, ó muchos séres, ó dos, que el calor se mezcla con el frío, suponiendo además toda clase de composiciones y descomposiciones: en nombre de los dioses, Teetetes, ¿comprendes por ventura lo que dice? Por mi parte, cuando era jóven y escuchaba hablar de este no-sér que tanto nos ha embarazado, creía comprender perfectamente; hoy ya ves el abismo en que nos encontramos.

TEE.—Ya le veo.

EXT.—Además, acaso en el fondo del alma no sabemos más acerca del sér que del no-sér. Cuando se habla, imaginamos comprender el sér sin dificultad y no comprender el no-sér, y acaso estamos en la misma situación respecto de uno y otro, colocados frente á frente.

TEE.—Acaso.

EXT.—Otro tanto debe decirse de los demás sistemas que acabamos de revisar. En un instante, si te parece, examinaremos los demás principios; pero al presente necesitamos examinar lo que hay de más grande, lo que domina en todo lo demás, lo que es verdaderamente primero.

TEE.—¿De qué quieres hablar? Sin duda es del sér de quien ante todo, en tu opinion, debemos ocuparnos, á fin de